

*A todos los renterianos encerrados en contra de su voluntad en el círculo, los cuales comprenderán mejor que yo mismo esta narración de pura pornografía industrial.*

## EL CIRCULO VICIOSO

Por Raúl GUERRA GARRIDO

A las doce del mediodía, hora de Madrid, dio comienzo el festejo.

La botella de donzoilo describió una airosa curva y se estrelló contra la columna metálica; el sherry, denominación de origen jerez, alegró con su aroma la inmutable superficie y resbaló rodeado de aplausos hacia los vidrios rotos, los suyos y los del público, abundante, heterogéneo y con invitación personal.

Desde el tenderete adornado con banderas de la patria, de la provincia y de la compañía telegráfico-fónica, la madrina lucía las piernas mientras el sumo director, enchaquetado a lo manager, remataba la ceremonia—unas breves palabras—del bautizo.

—...del radiotelescopio mayor del mundo, cuyo alcance es de doce billones de años luz, con una ganancia neta del campo de longitud de onda de cinco centímetros, cifra diez veces superior, como mínimo, a la de cualquier otro radiotelescopio instalado hasta la fecha ¡y de íntegra construcción nacional! Su aerodinámica estructura viene rematada por un reflector parabólico de cien metros de diámetro para cuya confección se han utilizado dos mil cuatrocientos pétalos romboidales, montados flexiblemente a fin de lograr la mayor exactitud y todo ello sobre una estructura de acero especial (1) que reduce al mínimo la corrosión y el mantenimiento...

Le salió bien, la memoria no le fallaba en las áridas cifras de los técnicos, tenía memoria fotográfica para números, nombres y caras. «El ABC del Conductor de Hombres», capítulo primero. Se acabó, ya estaba abajo, a la sombra de la enorme estructura, recibiendo y devolviendo felicitaciones con palmeo de hombros.

Políticos, ejecutivos, ingenieros, periodistas y la inevitable bella gente de siempre, izquierda divina, derecha gloriosa, comentaban, canapé-copa, canapé-copa, el éxito según las normas no escritas de la crítica constructiva.

—¿Será íntegramente de construcción nacional?

Los de la industria auxiliar, pioneros del espíritu mercadocomunitario y paganos del capítulo publicidad, eran intransigentes al respecto.

—En lo que a mi empresa toca, sí. Sin duda. Hemos colaborado con un pequeño grano de arena, pero un grano de arena fundamental.

—¿De qué empresa es usted?

—De «Plásticos Españoles SAE». Todas las juntas de caucho sintético (2) son nuestras y fabricadas aquí.

Según decrecían los canapés y aumentaban las copas las palmadas se debilitaban, quizá por el temor a las manchas de cóctel, y las conversaciones derivaban de la crítica constructiva a la palpitante actualidad.

—No gana la Liga ni con oriundos.

—Como dejen fichar extranjeros, verás, con uno solo, el delantero centro, le basta.

—¡Bah! Lo fetén es todo nacional, como el Atlético de Bilbao y nosotros, «Grasas Gómez y Amorebieta», los colaboradores más enanos, pero sin nuestra grasa el cacharro ese no se mueve, y según normas internacionales, menudo control nos metieron, no se lo creían.

—Seguro que tenéis alguna patente de fuera. El entrenador del Bilbao siempre es de fuera.

—Nada, palabra. Bueno, una tontería; el aditivo de extrema presión (3) lo importamos porque aquí no hay, pero eso no es nada.

A las ocho a. m. en New York, Miss Ethel Updike, primera secretaria del número uno, entró en el edificio de oficinas de la empresa. Sonrió al conserje que le alargó un paquete rectangular; empezaba bien el día, eran los habanos. Parecía tonto, pero últimamente estaban difíciles de conseguir, en especial los del tipo y marcá favorita de Mister One.

Subió en el ascensor vip porque así se saltaba las oficinas burocráticas, de información y el centro de cálculo. El vip sólo tenía parada en los últimos pisos, ios de oficinas ejecutivas de empresas con entidad *world-wide*, en la cúspide de la pirámide y situadas en orden jerárquico inverso a la altura, cada piso manipulaba en todos los inferiores, pero obedecía las órdenes del inmediato superior.

No prestó atención a los nombres... «37: Oilgrease».. «38: Chemical World».. «39: Internatiometal».. Iba al último, al cuarenta, la torre de marfil, la guarida inaccesible del vértice con supremo poder. «40: The One Enterprise».

Mister One ya estaba trabajando, parecía tan alegre como recién afeitado. Sonrió a los puros y a la chica. Bloqueó el dictáfono y la pantalla de circuito cerrado.

—Hoy es un día importante, inauguramos una instalación de vanguardia, un radiotelescopio totalmente nuestro. Avise a mi mujer...

—¿Vamos a celebrarlo, cariño?

—En el trabajo, abstente. Que hoy sí me espere a cenar, y no te enfades, ya lo celebraremos nosotros.

Aceptó la reprimenda.

—Sí, señor, ¿algo más?

—Un saluda a todos los managers europeos, felicitaciones, pero contenidas.

Miss Ethel Updike sonrió, siempre sonreía, y tras hablar con la esposa del número uno, inició una correspondencia de cartas modelo que siempre terminaba con la rutina impresa de la misma dirección: The One Enterprise Building. New York, N. Y. 10005.

(1) Acero norma AISI 316 L, recocido blando, inoxidable al níquel, licencia de la Internatio-Metal Co. New York. N. Y. 10005. USA.

(2) Caucho de polisobutadieno, norma ASTM 14-D-251, con patente de Plastics Europe Sari, Estrasburgo, subsidiaria de la Chemical World Co. New York. N. Y. 10005. USA.

(3) Aditivo E. P. disulfuro de molibdeno, norma ASLE 88A-15, importado de Lubrirt GmbH, Munich, subsidiaria de la Oilgrease Co. New York. N. Y. 10005. USA.